



SINGLADURA INTENSA E INOLVIDABLE © Alfonso López Domínguez

Claro que sí, claro que guardamos memoria histórica e internáutica de todo lo afirmado, negado, renegado, relatado o enlatado en las páginas de este periódico durante este gozoso año que termina de la mejor forma que se puede esperar para los que todavía seguimos vivos. La primera evocación que nos llega del no tan lejano mes de febrero, nos lleva al Bar Jerez y a la emotiva presentación de un proyecto periodístico, éste que nos ocupa, crónica rondeña que nacía con fuerza e ilusión y que prometía llenar un hueco en los anales informativos de un lugar también llamado Ronda, donde unos cuantos miles de habitantes nos afanamos a diario por llevarnos bien y por colaborar los unos con otros, a pesar de los pesares y a pesar de las verdades.

Empezó “la firma” con guasita, como no podía ser menos, ya que el librito del que vio la luz daba pie a ello y a mucho más, pero se hizo la crítica con la ironía de siempre, constructiva y amigable, documentada y trabajada, lo cual no es fácil en absoluto, y ni se reconoce, ni se agradece. El carnetico de investigador de marras tuvo, eso sí, la virtud de inspirar la imaginación de uno de los más genuinos y peculiares pelotones culturales y gastronómicos que poblado hayan estas serranías desde tiempos inmemoriales: el grupo R.I.S.A.

Seguimos después durante unos dos meses con el ánimo compungido y prontos los sentimientos de cabreo, indignación y pena ante unos hechos que, por su seriedad y trascendencia, nos tuvieron en andas durante bastante tiempo. Fue esa guerra, entonces inexplicable e inexplicada, que aún hoy nos dura, que tanto nos ha costado en vidas y sufrimientos, y que no deja vislumbrar un fin claro, a pesar del recientísimo golpe de efecto que supone la captura del dictador.

Luego, allá por abril y mayo, volvimos la mirada a casa ante la expectativa provocada por la madre de todas las expectativas, tal cual fue esta última campaña electoral municipal. De nada nos sirvieron fórmulas magistrales y conjuros específicos para atinar con porras políticas. Al final, nadie acertó, ni siquiera fueron acertados los resultados, pero así es la democracia, y demos gracias a Dios que la tenemos, como tantas otras cosas buenas de las que carecen la mayoría de los pobladores del planeta, nada más que cruzando por ejemplo el Estrecho, sin ir más lejos.

Los meses posteriores fueron un sinvivir continuo motivado primeramente por la decepción que las secuelas comiciales provocaron en las maltrechas huestes herrerianas, con resultado de enfados varios respecto a comentarios vertidos en esta y otras páginas, siempre bienintencionados y amparados en la legítima libertad de expresión, la misma que nos lleva a buscar el compromiso de la conciliación amistosa cuando la crisis se evidencia como en estos últimos días.

Aunque el verdadero despiorre tuvo su clímax cuando nos topamos con el auténtico fenómeno personal de esta legislatura, a raíz de ciertos trasiegos con correos privados, allá por octubre, que dieron lugar a la mayor explosión de furibundia que se haya visto por estos lares en muchísimo tiempo. En aquella ocasión, se dejó claro que el régimen caciquil no gusta de opiniones contrarias ni comentarios díscolos, y si acaso, les concede con cuentagotas a sus seleccionados y digitalizados críticos, algún que otro descafeinado de máquina, por favor. Pero bueno, aquello pasó en Batusolandia, y como bien conocemos desde que se publica “el atril” del hermano Ángel, Ciudad Bonita es otra cosa.

No puedo ni quiero terminar sin dejar de referirme a cuestiones obligadas. La primera concierne al equipo de redacción. Ellos lo saben, porque nuestra comunicación es continua, clara y diáfana, y se basa en el cumplimiento y la lealtad. También quiero aludir a los colaboradores que escriben en este periódico, con los que me unen vínculos de mayor o menor hermandad o amistad, pero siempre de simpatía probada, con el caso extremo de mi dilecto amigo Manolo, sin duda a estas horas pergeñando su cumplida réplica por haberme metido con él a cuenta de tantas cosas, inmóviles, semovientes o muebles.

Por último, sin caer en el tópico, si hay una voluntad honesta y un amor reflexivo, son los que unen al amanuense de la idea con su público lector. A todos, sin excepción, les deseo ese buen rollo que para mí pido, necesario para acertar en lo bueno y para soslayar lo mezquino y lo cutre de ciertas actitudes, y para seguir, contra viento y marea, defendiendo, como decíamos ayer, a este exiguo candil literario, farolillo rojo del Crónica de Ronda.